La guerra en Ucrania y la Iglesia en la Unión Europea

Manuel Barrios Prieto
Secretario General de la COMECE

Como Iglesia en Europa y como sociedad europea estamos viviendo unos tiempos convulsos que ponen a prueba la unidad de la Iglesia y la solidez del proyecto europeo. La Unión Europea surgió después de la terrible experiencia de la Segunda Guerra Mundial como un proyecto de paz, un proyecto único en el mundo, en el que países se asocian entre sí, cediendo parte de su soberanía, para el bien mayor de todos ellos. Solo cinco años después de finalizar la guerra, el 9 de mayo de 1950, Robert Schuman, entonces ministro francés de Asuntos Exteriores, pronunció su famoso discurso (1) en el que proponía la creación de una Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA), cuyos miembros, sobre todo los grandes rivales históricos Francia y Alemania, pondrían en común la producción de carbón y de acero, para que una guerra sea «no sólo impensable, sino materialmente imposible» en nuestro continente. Fue una decisión valiente, una mano tendida del vencedor al perdedor que tanto daño y dolor había causado en Europa, «un salto a lo desconocido (2)», como se pone de relieve en el título de un libro de Victoria Martín de la Torre. Esta oferta llevó a la Europa que conocemos hoy que ha gozado de más de 70 años de paz, estabilidad y prosperidad.

La Iglesia ha seguido de cerca y apoyado este proceso europeo desde el principio. Muchas son las intervenciones de los papas relacionadas con la Unión Europea, empezando por Pio XII y pasando por Pablo VI, Juan Pablo II, Benedicto XVI y Francisco. San Juan Pablo II y el papa Francisco visitaron el Parlamento Europeo en 1988 y 2014. En 1970 se abrió la Nunciatura ante la Unión Europea y en 1980 se creó la COMECE (3), la Comisión de Conferencias Episcopales de la Unión Europea, con la misión de seguir el proceso de unidad europeo y de dialogar con las instituciones de la Unión. Todo esto muestra la importancia que tiene para la Iglesia católica la Unión Europea, y no solo como entidad territorial o asociación de países, sino como proyecto económico y político, basado en valores compartidos. De hecho, una de las bases fundamentales del proyecto europeo es el evangelio y la cultura cristiana. Muchos de los padres fundadores eran cristianos comprometidos, como Robert Schuman, declarado venerable hace dos años, o Alcide de Gasperi, que también tiene abierto un proceso de canonización, o Konrad Adenauer. Los tres se inspiraron en una visón personalista que pone en el centro a la persona humana con su dignidad inviolable y trascendente y su vocación a la vida en comunidad. Es verdad que hay otras raíces culturales y movimientos populares que han contribuido a forjar la Europa de hoy, pero la presencia de esta matriz cristiana no se puede negar, aunque no se quiera hablar de Dios o de raíces cristianas en los textos fundacionales de la Unión.

En el evento organizado por la COMECE, junto con la Secretaría de Estado, en el Vaticano en octubre 2017, que tuvo como título «(Re-)pensar Europa», el papa Francisco pronunció un discurso, centrado en la figura de san Benito, en el que habló de los dos pilares de Europa, la persona y la comunidad, y de sus ladrillos, el diálogo, la inclusión, la solidaridad, el desarrollo y la paz. En este discurso el papa Francisco animaba a los cristianos a revitalizar y dar alma a Europa. Nos decía: «En este tiempo, los cristianos están llamados a dar nuevamente alma a Europa, a despertar la conciencia, no para ocupar los espacios —esto sería proselitismo—, sino para animar procesos que generen nuevos dinamismos en la sociedad. Es precisamente cuanto hizo san Benito, proclamado no por casualidad patrón de Europa por Pablo VI; él no se detuvo en ocupar los espacios de un mundo perdido y confuso. Sostenido por la fe, miró más allá y desde una pequeña cueva de Subiaco dio vida a un movimiento contagioso e imparable que rediseñó el rostro de Europa (4)».

> «En este tiempo, los cristianos están llamados a dar nuevamente alma a Europa, a despertar la conciencia»

Sin embargo, esta Unión Europea, con esta historia, estas raíces y estos valores, ha sido sacudida fuertemente en los últimos años por varias olas, como la crisis económica del 2008, la emergencia migratoria de 2015,

la pandemia del Covid-19, el Brexit, y ahora de una forma inesperada y terrible por una guerra a sus puertas. Es apropiado decir que la Unión Europea ha aguantado bastante bien hasta el momento estos golpes. Un ejemplo claro ha sido la reacción ante la pandemia. Después de un primer momento de desconcierto y decisiones dictadas por el miedo ante lo inédito, la Unión Europea reaccionó con fuerza y unida, y en el Consejo Europeo Extraordinario de julio 2020 adoptó un acuerdo histórico que preveía inversiones enormes y una financiación de la deuda con recursos propios de la UE. También en lo que se refiere a la crisis de los refugiados causada por la guerra en Ucrania, la reacción ha sido contundente y eficaz, redirigiendo los fondos disponibles a los países de la UE que acogen a las personas que huyen de la agresión rusa y activando la Directiva de Protección Temporal que permite a las personas desplazadas de gozar de los mismos derechos en toda la UE, como el permiso de residencia, la posibilidad de trabajar y el acceso a la asistencia social y médica.

Dicho esto, también hay que señalar las sombras de la Unión Europea que nos preocupan como Iglesia. Entre ellas podemos mencionar la diferencia de tratamiento entre los refugiados que huyen de la guerra en Ucrania y otros refugiados y migrantes que huyen de otros conflictos y situaciones de persecución o de extrema miseria. En una clave más profunda e importante, nos preocupa mucho el sesgo ideológico creciente en la Unión Europea que cada vez se aleja más de una visión cristiana del ser humano, como lo demuestran sus actos y omisiones en temas de matrimonio, familia y protección y defensa del carácter sagrado de la vida humana. Esta ideología inmanentista y contraria a la antropología cristiana se intenta a veces imponer ilícitamente a los demás, tanto dentro de la Unión Europea como fuera.

Mirando al futuro, son muchos los desafíos que tenemos por delante, como Unión Europea y como Iglesia que peregrina en los 27 países de la Unión, junto al deber de hacer todo lo posible para que termine la guerra y se llegue a una paz justa. En el mes de julio de este año empezará la Presidencia española con las esperanzas que están puestas en ella, como la de mejorar las relaciones entre Europa e Iberoamérica. Por otro lado, en mayo 2024 tendremos nuevas elecciones para el Parlamento europeo y veremos si el compromiso de los ciudadanos con las instituciones se mantiene.

Como cristianos y como Iglesia somos parte de esta Europa y estamos llamados a ser constructores de la Europa del futuro que depende también de nosotros. Una Europa con alma, una Europa unida desde el Mediterráneo a los Urales, una Europa en la que una guerra no sea nunca más posible, una Europa solidaria dentro y con todos los pueblos del mundo. En definitiva, la Europa que el papa Francisco nos dijo que soñaba y que nos invita a construir (5). •

NOTAS:

1. *https://european-union.europa.eu/principles-countries-history/history-eu/1945-59/schuman-declaration-may-1950_es*

2. *https://edicionesencuentro.com/libro/europa-un-salto-a-lo-desconocido/*

3. *https://www.comece.eu/*. En esta página Web oficial de la COMECE, que se puede traducir automáticamente al español, se encuentran la mayoría de los documentos y actos mencionados en este artículo.

4. *https://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2017/october/documents/papa-francesco_20171028_conferenza-comece.html*

5. *https://www.vatican.va/content/francesco/es/letters/2020/documents/papa-francesco_20201022_lettera-parolin-europa.html*